

CONFERENCIA SEXTA

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Ex propria operatione intelligere
possumus, animam humanam esse
immortalem.

S. BUENAVENTURA, II Dist.,
dist. XIX, a. 7.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

EXCMO. É ILMO. SEÑOR: ¹

La razón y la experiencia, de acuerdo con la fe, nos han enseñado lo que somos, de qué elementos se compone el hombre, y cuáles son las relaciones y el lazo que los une; cómo despliega su actividad la inteligencia, y hasta qué punto la voluntad, libre en sus determinaciones, es dueña de sus actos. Hemos visto desaparecer, una tras otra, faltas de fundamento, las hipótesis materialistas, que si pretendían obscurecer las enseñan-

¹ El Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá.

zas de la fe, no menos eran atentatorias á nuestra humana dignidad, y firmes en nuestras convicciones, hemos proclamado, en nombre de la Religión y en nombre de la Ciencia, la realidad del alma inteligente y libre, como principio único é inmediato de nuestra vida.

¿Están ya satisfechas nuestras aspiraciones? ¿Podemos por fin descansar tranquilos, buscando en la meditación de estas verdades las reglas á que debemos ajustar nuestra conducta? Yo creo, señores, que ahora comienzan nuestras inquietudes, y que más vivo se despierta nuestro interés por conocer las consecuencias á que lógicamente han de llevarnos los principios establecidos; que de nada nos serviría saber lo que somos, si hubiésemos de ignorar siempre los secretos que encierra lo porvenir; que jamás la Ciencia desalmada hubiese negado la nobleza de nuestro origen, si con ello no hubiese creído negar también la inmortalidad de nuestros destinos; que nadie se hubiese atrevido á poner en tela de juicio la existencia del espíritu, si el pensar en él no hubiese hecho temblar sus carnes, como decía Strauss, con los escalofríos de la eternidad.

¿Qué hay más allá del sepulcro? ¿Adónde conduce el estrecho desfiladero de la muerte? Preciso es, dice Pascal, haber perdido todo senti-

miento, para mirar con indiferencia una cuestión tan grave; ningún pueblo, ningún hombre ha podido prescindir de una solución categórica que aclarase los misterios de ultra-tumba, y le diese razón cumplida del fin de su existencia; porque si es preciso morir, si todo en la naturaleza muere, si los astros envejecen y se apagan; si las vegetaciones que en otros tiempos cubrieron con sus galas la superficie del planeta, yacen carbonizadas en sus tumbas de granito; si las flores se marchitan y los vientos del otoño arrastran al fondo de los bosques las hojas secas de sus árboles seculares; si el tiempo con su blanda mano todo lo destruye, acaba con los monumentos que parecían desafiarle y avienta el polvo de sus ruinas; si la tierra es un vasto cementerio incesantemente removido por la guadaña de la muerte, ¿qué será del hombre y en qué vendrán á parar sus esperanzas?

Esto discutía Job con sus amigos, y de esto hablaban en sus tiendas los emires idumeos antes que Ferecides enseñase á los griegos la inmortalidad del alma, y esa misma cuestión la vemos reproducida en todas las edades de la Historia, por aquellos hombres que, pretendiendo ser más sabios que la humanidad, han querido contrariar la más irresistible de sus aspiraciones, embotando el aguijón que con más fuerza la ha estimu-

lado á correr infatigable por los caminos del progreso.

Preguntad á esos sabios presuntuosos, que han querido resolver todos los problemas del mundo, reduciéndolo todo á la materia y á la fuerza, y os responderán que del hombre no quedará más que un puñado de fosfato de cal y unas cuantas sales raras y fecundas, que vuelven á engrosar el torrente de la materia de donde antes salieron; que es preciso no haber llegado á la madurez de la razón, para creer en la existencia de otra vida; que el género humano corre precipitado á despeñarse en el abismo sin fondo de la nada¹, único descanso que pueden prometerse los desgraciados que regaron la tierra con sus lágrimas, y jamás vieron el sol de la felicidad en los enlutados horizontes de su vida.

¡ Pobre humanidad si se tuviese que regir por tan fatales augurios! ¡ Tristes destinos los de la raza humana, si no esperase más justicia que la justicia de la Historia, ni otra recompensa á sus trabajos que las menguadas recompensas que puede ofrecerla el mundo! Como piensan los modernos adoradores de la materia, pensaban los antiguos epicúreos, y de ellos dijo el sabio, que *los había cegado su malicia; ignoraron los secre-*

1 Büchner, obra cit. p. 284 y sig.

*tos de Dios, no esperaron la merced de la justicia, ni conocieron el honor de las almas santas; porque Dios crió al hombre para la inmortalidad... en su mano están las almas de los justos, y no las dañará el tormento de la muerte*¹.

Tal es, señores, la verdad fundamental que vamos á examinar, á la luz de la razón y á la luz de la fe.

La inmortalidad del alma es un corolario de la doctrina expuesta en las Conferencias anteriores, y la última consecuencia de la naturaleza de los espíritus. El alma existirá siempre, porque el alma existe; ninguna fuerza, ningún poder si no es el poder de Dios, la misma fuerza infinita y creadora que la sacó de la nada, podrá volverla á aquel estado puramente negativo de donde salió para existir.

Perece el individuo, muere el hombre cuando se disuelve el estrecho himeneo que juntos mantenía á la materia y al espíritu, *el cuerpo vuelve á la tierra de donde salió, y el alma á Dios que la ha criado*²; buscan el cuerpo y el alma por tendencia natural sus propios orígenes; andan desconcertados é intranquilos, como aguja desviada

1 Sap. II, 21-23, III, 1.

2 Eccl. XII, 7.

de su polo, buscando el reposo definitivo que calma sus inquietudes; la sensibilidad se regala con los goces materiales; el entendimiento rompe la estrechez de sus prisiones, y se lanza con generoso impulso á los grandes océanos de la verdad, para poder á sus anchas espaciarse, y ejercitar sin trabas sus poderosas facultades.

Ved, señores, lo que sucede en el proceso de la vida, y por cuán distintos caminos buscan su perfección la materia y el espíritu. La fuerza vital junta en el cuerpo esos elementos rebeldes que se sustraen á todas las manipulaciones de los laboratorios; forma con ellos las células, los tejidos y los órganos; lucha incesantemente por defender su obra, haciendo frente á las fuerzas disolventes que la combaten; repara con solícitud sus desperfectos y recompone los resortes quebrantados, hasta que por fin sucumbe, y aquel cuerpo que resistió impávido las más recias tempestades, que fué respetado por la muerte en los campos de batalla, que arrostró con valentía las más duras privaciones, que desafió la desigualdad de los climas y las inelemencias del tiempo, es vencido, siente un malestar que le anuncia la proximidad del divorcio, cuenta las últimas oscilaciones de un péndulo que se para, el frío que coronó de nieves la cumbre de la montaña lo invade por sus flancos, aquella mano misteriosa

que turbó la sacrilega orgía de Baltasar, le señala el término de sus días, se llega al corazón, desconcierta el ritmo de sus acompasados movimientos, y cesan por fin sus latidos.

El hombre ha muerto: libres los elementos que componían su envoltura material, se despeñan como un torrente cuando se rompen los diques que contenían sus aguas, y aquel oxígeno que nos henchía de placer cuando lo respirábamos bajo la sombra de las frescas alamedas ó en las playas del bullicioso mar, es quien se encarga de restituir el polvo al polvo, convirtiendo los humanos despojos en una cosa que, como decía Bossuet, no tiene nombre en ninguna lengua.

Volved los ojos al alma, y si la véis manifestarse tímida y vacilante en la niñez, llena de ilusiones en la juventud, meditabunda y reflexiva en la edad madura, la veréis sabia en la venerable ancianidad, cuando, al decir de San Jerónimo, todas las cosas decrecen para que solo crezca la sabiduría¹; la veréis dictar sus consejos como si la alumbrasen ya los resplandores del sol de la eternidad, y descubriese en lontananza las riberas de su patria después de un destierro prolongado; más amante de la vida cuando menos posible parece el conservarla, forjando proyectos que

1 In senectute omnia decrescunt, crescente sola sapientia.

no podrá llevar á cabo, deseando perpetuar su memoria, dando pruebas de un valor que no guarda proporción con la flaqueza del organismo, mostrando una ternura que no responde á la frialdad de los miembros; alma joven en cuerpo viejo; alma que entonces se revela en toda su grandeza, á semejanza de esos peñascos acantilados azotados por las olas, que van arrastrando poco á poco la tierra que los cubría, y en cambio ponen al descubierto la solidez de sus fundamentos. ¡ Cuántos hombres ilustres acabaron así su jornada ! Legisladores y guerreros, en cuyas manos temblaban ya la pluma y la espada; Reyes y Pontífices que apenas podían sostener en sus cabezas la corona y la tiara, admiraron al mundo con el valor de sus hazañas, con la prudencia de sus consejos y con la profundidad de su doctrina, dejándonos ejemplo del temple privilegiado de sus almas y de la admirable claridad de sus ingenios ¹.

Y no es solo la inteligencia quien revela la vitalidad del alma, á pesar de los desfallecimientos del cuerpo; es también la voluntad, más imperiosa, cuanto menos la obedecen los miembros fatigados; esa fortaleza que en los mártires hacía

¹ «Anima rationalis operatio nec senescit nec antiquatur, quia in antiquis est sapientia et in multo tempore prudentia.» (Job XII, 12), San Buenaventura, in II Dis., dist. XIX, a. 1.

temblar á los verdugos, cuando ellos iban al suplicio sonrientes y serenos, y respondían á los rugidos de las fieras cantando himnos; ese valor nunca mellado, ni por las enfermedades ni por la muerte, en nuestros incomparables guerrilleros, cuando la patria, oprimida por extranjeras legiones, les confió la venganza de sus blasones ultrajados; esa virtud heroica que en los santos, echados ya sobre la vil ceniza, se conservaba incólume para despreciar los terrores de la muerte, y saludar con alegría los anuncios de su llegada.

¿ Y esa alma independiente de la materia y tan contraria á las vicisitudes del cuerpo, tendrá que seguir su suerte, y aún ser de peor condición que él, perdiéndose en la nada, en el momento mismo en que más grandes son sus aspiraciones y más vehementes se manifiestan sus deseos? « El alma, ha dicho Schleiermacher, posee una potencia indestructible que nunca se agota, que no mengua, que no se gasta por el uso; que lejos de disminuirse cuando se da y se comunica, se siente más clara, más rica, más fuerte y más sana. El cuerpo podrá debilitarse, gastarse los sentidos y perderse la memoria, pero nunca se perderán la vida interior, ni la plenitud de los pensamientos grandes y santos ¹. »

¹ Cit. por Hettinger, *Apol. del Cristianismo*.

No se concibe cómo pueda morir el alma siendo la muerte disolución de los elementos que componen un todo, y siendo el alma substancia simple, ni cómo el cuerpo al disolverse pueda en su destrucción arrastrar también al alma, que, por razón de su naturaleza espiritual, tiene poder para ejercitar sus facultades, con entera independencia de la materia ¹. ¡ Concluir, morir! decía Goethe, palabra necia; la convicción de mi inmortalidad es efecto de la idea que tengo de mi actividad. Puesto que yo trabajo sin descanso hasta mi fin, la naturaleza está obligada á indicarme otra forma de existencia, cuando la actual sea impotente para sostener mi alma.

Solo Dios que la crió puede matarla; El se ha reservado la única arma que puede acabar con ella, y el materialismo se ha encargado de demostrarnos que Dios, que encontró buenas las obras de sus manos, no se complace en destruirlas. En su afán de ennoblecer á la materia, adornándola con los atributos de que quisieron despojar á la divinidad, han dicho sus principales corifeos que la materia es inmortal ², frase con que, fuera de la impropiedad del lenguaje, se quiere expresar una gran verdad. Dios, dice Santo Tomás, crió las cosas para que fuesen, y la perma-

¹ S. Thom. *Contra Gent.*, lib. II, c. 79-81.

² Büchner, ob. cit., p. 68.

nencia de las substancias está asegurada por la inmovilidad de la voluntad divina ¹. Dios ha inundado al alma de aspiraciones infinitas; la ha hecho concebir esperanzas y deseos de una felicidad que huye en la tierra delante de nuestros pasos; ha puesto en nosotros la nostalgia del cielo; ha levantado el tribunal de la justicia infalible, no en los mundanos estrados, sino más allá de las fronteras de la muerte, y serían inconcebibles su rectitud y su bondad, si el alma, al llegar al término de su vida terrenal, fuese aniquilada. La virtud despreciada y escarnecida, el vicio triunfante y protegido, el crimen impune y la honradez calumniada, exigen una reparación y un castigo que no podemos pedir, porque de tanto no son capaces, á los jueces de la tierra. Más que todas las demostraciones metafísicas, hablan elocuentemente en favor de la inmortalidad, las plegarias y la resignación de esas almas abandonadas que, después de haber sembrado el bien, recibieron como recompensa la ingratitude, y fueron víctimas de la persecución más injusta; las esperanzas que consolaron en la opresión ó en el destierro á aquellos hombres generosos, bienhechores insignes de los pueblos, en los días de su fortuna, y más tarde vilipendiados por los mismos á quienes antes favo-

¹ *Contra gent.* lib. II, c. 55.

recieron ; las lágrimas del inocente condenado á padecer las afrentas y la muerte que contra él maquinó la envidia, y ese grito desgarrador y sublime con que la mísera humanidad pide que se acorten los días de su infortunio, para entrar en posesión de las eternas complacencias.

El alma es inmortal por razón de su naturaleza ; el alma no será aniquilada, porque Dios es justo.

Ahora bien, señores : si sobre tan sólidos fundamentos descansa esa verdad consoladora, ¿ por qué se ha negado en nombre de la razón? Yo comprendo que el materialismo la niegue, siendo para él tan inconcebible un alma sin cuerpo como una electricidad sin metal¹; que no pueda existir fuera del organismo, lo que no tiene subsistencia propia y es el resultado de las funciones cerebrales ; que el centro del círculo desaparezca cuando desaparece la circunferencia ; que quien rechaza las causas finales, rechace también los destinos ultra-mundanos del hombre, lógicas son sus deducciones, por más que sean falsos sus principios ; pero que aquellos que de alguna manera admiten la existencia del alma y no quieren confundirla con la materia, se resistan á creer su inmortalidad y prefieran á la inmortalidad el aniquilamiento

¹ Strauss.

to, esto es lo que ni se concibe ni se explica, si los que tal aseguran están convencidos de lo que dicen. Preciso es que les falte algo en el corazón ó en la cabeza, ó que no traduzcan bien con sus palabras lo que su razón les dicta. Así parece desprenderse de un hecho que, por ser entre nosotros poco conocido, tengo interés en referir.

Explicaba Filosofía en Berlín el célebre panteísta Schelling. Un distinguido joven ruso, que con el pseudónimo de *Estéban*, recorría las capitales de Europa ansioso de escuchar las lecciones de los más renombrados maestros, asistió á una que, ante cerca de setecientos oyentes, daba el citado profesor, sobre la inmortalidad del alma. Al terminarla, se discutió entre el auditorio la opinión del maestro, sin saber en qué sentido, si en pró ó en contra, había desarrollado el tema propuesto. Para resolver sus dudas, se dirigió Estéban á Schelling, rogándole que respondiese categóricamente, sí ó no, á las proposiciones siguientes : Si admitía la existencia de Dios en el sentido cristiano ; si admitía la inmortalidad del alma y la divinidad de Jesucristo, como lo enseña el Cristianismo, y he aquí la memorable respuesta que le dió Schelling, y que con el título de *Testamento filosófico*, fechó en Berlín á 20 de Marzo de 1844 :

« Hace tiempo que conozco los motivos que os